

TUNDRA

TUNDRA

Abi Andrews

TRADUCCIÓN DE VIRGINIA HIGA



CHAI EDITORA

Andrews, Abi
Tundra / Abi Andrews. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Chai Editora, 2020.
360 p. ; 21 x 14 cm.
Traducción de: Virginia Higa
ISBN 978-987-47283-6-4

1. Narrativa Inglesa. 2. Diario de Viajes. 3. Literatura Feminista. I. Higa, Virginia,
trad. II. Título.
CDD 823

Título orginial: *The word for woman is wilderness*

Copyright © Abi Andrews, 2018

Copyright © Chai Editora, 2020

Copyright de la traducción © Virginia Higa, 2020

Diseño de tapa: Diseño gráfico Lamas Burgariotti.

www.lamas-burgariotti.com

Foto de tapa: Julia Sbriller

Corrección: Florencia Parodi

Diseño del interior: Gonzalo Segura

Primera edición: octubre de 2020 ISBN: 978-987-47283-6-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.273



CHAI EDITORA

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD) Ciudad de Buenos Aires, Argentina
www.chaieditora.com

*Dedicada a
la ballena Tilikum (Tilly)
que tal vez tenía otro nombre en el dialecto de las ballenas
1981-2017*



MÁS ALLÁ DE LA HELIOPAUSA

La sonda espacial Voyager 1 dejó el planeta en 1977. Cualquiera de estos meses, días, minutos, segundos, entrará en el espacio interestelar y se convertirá en el objeto más distante hecho por el hombre, y en el primero en abandonar la heliosfera. Ese será uno de los momentos más importantes de la historia de la ciencia y nunca sabremos exactamente cuándo sucederá. Tres cosas indicarán que el Voyager 1 ha cruzado la frontera de la heliopausa: un aumento de los rayos cósmicos galácticos, la inversión de la dirección del campo magnético y una disminución de la temperatura de las partículas cargadas. Los informes del Voyager 1 muestran un aumento mensual de los rayos cósmicos del veinticinco por ciento. Pero sus señales tardan diecisiete horas en llegar a la Tierra a la velocidad de la luz.

¿Cuándo comenzó mi viaje? ¿En el momento en que tuve la idea? ¿Cuando me fui de casa en una camioneta con un amigo de mi padre que transportaba unos muebles hacia el norte? Mis padres salieron a despedirme con el perro, yo filmé la escena, mi mamá lloró. Lo sentí como un comienzo. ¿O fue en el momento en que el carguero dejó atrás las turbias aguas de Immingham un día gris de marzo?

Sucedió así: yo miraba una película sobre un chico fugitivo llamado Chris McCandless, que había abandonado su vida de privilegios y universidades caras para viajar por los Estados Unidos, llegar a Alaska y vivir el sueño de Jack London, pero luego comió unas papas venenosas y murió. Eso fue en 1992, un año antes de que yo naciera. Lloré y me prometí a mí misma abrir una cuenta de ahorros para pagarme un

viaje a Alaska, donde yo también podría vivir en tierra salvaje en total soledad. Luego repasé la película tramo a tramo y analicé lo que habría sido diferente si el chico hubiese sido una chica.

La verdad es que habría sido una película completamente distinta. No solo porque hay situaciones que seguramente tendrían consecuencias diferentes para los dos sexos (por ejemplo, cuando un conductor lo golpea porque lo encuentra escondido en su carguero), sino fundamentalmente porque si una chica quisiera huir de la sociedad moderna y se ausentara sin permiso para irse a tierras salvajes a vivir de matar y comer animales pequeños y plantas, la verían como un ser inquietante.

Parte de la culpa es del místico leñador Henry David Thoreau. Él dijo cosas como “la castidad representa la flor del hombre, y lo que se da en llamar Genio, Heroísmo, Santidad, no son sino frutos que la suceden”, como si tener sexo con una mujer arruinara el trascendentalismo. Se usa “Hombre” para referirse a toda la humanidad. Cuando el “Hombre” se enfrenta a la naturaleza en una dinámica de conquista, la naturaleza suele ser femenina.

Lo salvaje en las mujeres no significa autonomía y libertad; su lado salvaje es, en cambio, una fiebre irracional. Al mismo tiempo, en términos de supervivencia, somos el sexo débil y no podemos prosperar individualmente fuera de la esfera social o sin la protección de un hombre viril. Las mujeres somos excluidas de la naturaleza pero también de la civilización, desterradas.

Incluso en esos canales que pasan documentales sobre familias que viven en lugares aislados, la mujer siempre es la esposa del Hombre de Montaña, nunca jamás la Mujer de Montaña, simplemente un anexo del Hombre de Montaña, al igual que su barba, su pipa y su escopeta.

En *Coming into the Country: Travels in Alaska*, el escritor John McPhee describe a muchos Hombres de Montaña con gran detalle y a algunas mujeres de montaña en comentarios al margen. Uno de los Hombres de Montaña le cuenta a John McPhee que quería estar total

y absolutamente solo, aislado en medio de la naturaleza con sus tres hijas y su esposa, o sus mujeres, como le gustaba llamarlas.

Por supuesto, hay excepciones a este hechizo de invisibilidad. Está Calamity Jane, la vaquera. Nellie Bly, que viajó alrededor del mundo en setenta y dos días. Freya Stark, la escritora de crónicas de viajes que recorrió Medio Oriente. Mary Kingsley, la exploradora, y esa anciana anónima que se tiró por las cataratas del Niágara en un barril de madera. Pero el problema es precisamente que haya excepciones. Es como si hubiera algo importante que aprender en la naturaleza que solo es accesible a los hombres.

En tierra salvaje, los hombres moldean su yo individual y masculino, como si a las mujeres no se les permitiera tener un yo individual y auténtico. La historia tiene ese mismo argumento, pero una “mujer sola en tierra salvaje” significa algo completamente opuesto. Así es cómo tuve la idea de hacer un viaje a Alaska.

Tal vez he leído demasiadas novelas de aventuras fantásticas del estilo de *El Señor de los Anillos*, pero no puedo deshacerme de la idea de que para ser merecedora de acceder a un destino realmente lejano, una debería experimentar cierto tipo de odisea para llegar, como la gente que hace peregrinajes religiosos. Y el otro componente de este *ethos* vino de una aversión a los aviones, una combinación de culpa por la huella de carbono y un recelo ante la paradoja de cruzar husos horarios en pocas horas para existir de golpe y porrazo en un espacio en el que no deberíamos estar de modo natural. No quería simplemente llegar a un lugar y ser de esos turistas que compran un paquete de vacaciones de “hotel *all inclusive*, sol, arena, mar y cupones de descuento”.

Éramos la clase de familia que siempre viajaba al extranjero, sin contar los años que papá estuvo sin trabajo. Cuando me fui de casa ya había viajado a nueve países. Si me pidieran que los describiera, diría que las playas de España estaban más atestadas que las de Grecia, que en el Caribe te recomiendan no ir a las playas que no son propiedad del hotel y que Disneyworld está demasiado lejos de la costa como para ir

a la playa, pero igual se puede ir a playas falsas dentro de los parques, y una de ellas hasta tiene un tobogán que es un tubo submarino que atraviesa un tanque lleno de delfines.

Vivir en una era tecnológica significa que, en un sentido abstracto, la otra punta del mundo está a solo un par de clicks de distancia. Todos los rincones de la Tierra han sido explorados e incluidos en una enciclopedia. Internet ha reunido todas esas enciclopedias y las ha ordenado en un directorio caótico pero funcional. Ya no quedan enigmas. Pero también significa que la posibilidad de viajar se ha convertido en algo mucho menos elitista. Puedo usar internet de la misma manera en que un hombre de antaño se aferraba a la recomendación caligráfica que le servía de pasaje en el barco tabaquero de un amigo de su padre.

Hoy en día es muy fácil sentir que la humanidad ha saturado todo, que hemos conquistado el mundo. Si viéramos un *time-lapse* de la Tierra desde el comienzo de la historia hasta el presente, durante un tiempo largo no sucedería gran cosa. Las masas continentales se moverían lentamente, cada tanto impactaría un asteroide, y tal vez veríamos difuminarse el minúsculo hongo de humo de un supervolcán en erupción. La Tierra sería una bolita más o menos tranquila, con su atmósfera perlada de remolinos y espirales.

Entonces, en el siglo XVIII se vería una metamorfosis: ciudades que crecen como moretones, tierra fértil que se convierte en desierto, escombros que se acumulan poco a poco en una constelación orbital opaca y metálica.

Hoy hay satélites en el cielo que son grandes como estadios de fútbol y que vivirán mucho más que nosotros, suspendidos en el Cinturón de Clarke a 35.786 kilómetros sobre el nivel del mar, a una distancia que significa que giran en órbitas geosíncronas. Casi no experimentan arrastre atmosférico y por esa razón nunca serán atraídos de vuelta hacia la Tierra. Quizás dejen de existir únicamente cuando todo lo que está próximo a la Tierra sea tragado por nuestro sol en expansión. Hasta ese momento estarán entre los artefactos más longevos de la

humanidad, un legado del siglo XXI. Nuestra civilización alcanzará la inmortalidad gracias a esos exoesqueletos grises que le ganarán a los egipcios, los mayas, los maorís, etc.

La Tierra tiene alrededor de 4.500 millones de años. Cualquier cosa que esté viva dentro de 6.000 millones de años se evaporará cuando muera el sol y será tan diferente de nosotros como nosotros de esos peccecitos que saltaron del mar. Pero somos miopes. En términos generales, el ritmo de cambio en los últimos mil años no es más que un parpadeo para el universo, y sin embargo, vaya, me llevó muchísimo llegar a los diecinueve años. Quiero que el viaje me recuerde que soy pequeña y que me estoy achicando. (Estoy parada sobre un punto en un globo, todos los puntos están equidistantes, a medida que el globo se hace más grande los otros puntos parecen alejarse, pero es solamente porque yo estoy parada en uno de los puntos).

Alaska es el lugar perfecto para experimentar eso. Existe en la conciencia colectiva como la Tierra de los Hombres de Montaña, la Última Gran Tierra Salvaje. Es grande y vasta y está prácticamente despoblada. Las Islas Británicas cabrían siete veces dentro de ella y casi un séptimo de Alaska se preserva como área silvestre protegida. Su población total es diez veces menor que la de Londres.

Luego de mis exámenes finales y tras unos meses de trabajo a tiempo completo y vida frugal, ahorré dos mil libras, el costo aproximado de un pasaje de ida y vuelta a Alaska. Eso será solo para gastos, y tendrá que alcanzarme para viajar del Reino Unido a Islandia, a Groenlandia, a Canadá y finalmente a Alaska. El dinero que necesite para subsistir lo conseguiré en el camino. Todo lo anterior lo resumiré con una elegante voz en off sobre algún videomontaje de todos los lugares que vaya visitando, con actitud misteriosa y enigmática.

Viajaré por mar y tierra; será una odisea épica, solo que conmigo, una chica, en una búsqueda femenina de la *autenticidad*.

PERSEGUIDA POR PENSAMIENTOS DE UN MÁS ALLÁ

Tengo un camarote en un pasillo donde están todos los otros camarotes, cada uno con dos camas marineras, dos lámparas, dos taquillas y una claraboya. Las puertas de los camarotes no tienen traba, y el vecino de al lado entra todo el tiempo al mío porque lo confunde con el suyo. Por lo que entiendo, trabaja haciendo turnos en la sala de máquinas. Muchos de los empleados son islandeses, pero hablan algo de inglés. Me las arreglo en una especie de cocoliche compuesto por su vocabulario rudimentario y mi librito de frases.

También hay dos estudiantes: Kristján y Urla, un chico y una chica de las universidades de Manchester y Leeds, que viajan en el carguero para volver a Islandia de forma barata en las vacaciones. Viven en ciudades diferentes y se conocieron en su primer viaje. Ahora hacen coincidir sus viajes de regreso para hacerse compañía y se llevan bien con la tripulación estable. Todos parecen estar convencidos de que están o pronto estarán enamorados.

Yo trato de captar la “esencia” de la vida a bordo del Blárfoss para mi documental. ¿Podré lograrlo llenando una tarjeta de memoria con fotos y videos de cada centímetro del barco, suficientes como para armar una réplica 3D en miniatura? Como si llegar a la esencia de algo significara abarcar cada rincón, una suerte de método de investigación científica que agote todas sus posibilidades... Probablemente no, porque ya casi llené un cuarto de la tarjeta de memoria. También entrevisté a casi todos los angloparlantes a bordo. Urla, en particular, piensa que el documental es “totalmente genial”. Todos participaron para aliviar el aburrimiento, pero la cosa fue mutando en una extraña especie de ritual de fama, porque en el micromundo del barco el entrevistado se convierte en algo parecido a una celebridad. Al principio me preocupaba que esa situación arruinara el documental, pero supongo que puedo sacar algo bueno de todo esto.

El interior del barco es funcional y simple, con formas insípidas y poco atractivas y colores pastel fríos que acentúan el interior del salón, los colores de los juegos de mesa y el zumbido de las estufas. Aparte de la omnipresencia de las máquinas, que se sienten más de lo que se escuchan, fuera del salón casi no hay sonidos, salvo por la presencia intermitente en los altoparlantes de nuestro capitán (a quien hemos apodado Capitán Oz). Todos adoptamos un interés inusual en los alimentos y los horarios de las comidas, que son casi siempre la misma. El nombre es *plokkfiskur*: guiso de pescado en todas sus variantes. Y detrás de todo hay un sentimiento que yo llamaría tentativamente cansancio, o ensoñación, o una combinación de ambos: monotonía. Una especie de estar suspendida, al mismo tiempo quieta e inquieta, torcida, a causa de una extraña sensación de movimiento en la que nada de lo visible se mueve y la fuerza de gravedad lucha contra el oleaje del océano. Estar en un objeto que flota te vuelve más consciente de la gravedad. Con el tiempo que he tenido para pensar en esto, he llegado a la arbitraria conclusión de cómo debe sentirse la gravedad cero.

Me imagino que en el espacio exterior uno debe desarrollar un fuerte sentido de la propiocepción, que es el sentido de las partes del cuerpo en su mutua relación. (Leí esto en una de las revistas en inglés que había en el salón, el *Semanario de fisicoculturismo*). El cerebro puede adaptar los sentidos para que se compensen entre sí, para que un ciego pueda escuchar o sentir mejor, por ejemplo. En el espacio exterior, donde los estímulos de sonido, visión, olfato, gusto y tacto son mínimos, quizás se acentúe la propiocepción. La falta de peso hace que cualquier movimiento corporal se haga sin esfuerzo. Las fuerzas se propagan desde dentro del cuerpo, el pulso late a través de los miembros y uno seguramente se sienta “encarnado” en el sentido más literal. Toda esta especulación surge del aburrimiento. También me gusta imaginar lo que se sentiría no tener un brazo, o tener tres brazos, o un pene.

LA TIERRA DE LAS REINAS DE HIELO

Cada estrella es un sol. Cada sol tiene sus planetas. Cada planeta tiene sus constelaciones. El mundo en 3D es un holograma de un mundo en 2D proyectado desde el borde de un agujero negro.

EL ESPACIO

EXTERIOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOR

No apreciamos lo suficiente el espacio exterior. Es la última frontera que queda, y a la mayoría de la gente casi no le interesa. Supongo que eso es algo bueno y práctico. Las cosas serían más complicadas si todos fueran superconscientes de su infinitesimalidad. Mi madre no cree en el espacio. Una vez, cuando era chica, le pregunté si creía en los extraterrestres y me dijo: no seas tonta, Erin. Yo dije que me parecía muy probable que hubiera extraterrestres, ya que el espacio es infinito. Ella dijo que nunca se había detenido a pensarlo. Le pregunté un poco más porque quería saber qué había en su cabeza más allá del cielo azul, si es que no pensaba en el espacio. Me dijo que me callara, que tenía cosas más importantes en qué pensar, como hacer turnos extra para ganar más dinero, ahora que papá había perdido su puesto en la fábrica Cadbury, que había sido comprada por una empresa norteamericana.

Tener padres ocupados significaba pasar muchas vacaciones de verano en colonias infantiles y comer principalmente alimentos rebozados, congelados, con formas divertidas. Nuestra vida doméstica se basaba en la comodidad. *¡Quite el papel de aluminio antes de calentar las papas Micro Chips!* Solo que la comodidad moderna no trajo la liberación que decían que traería, porque así y todo, mamá tenía que trabajar y pasar la aspiradora. De modo que podemos perdonarla por no detenerse a pensar en el infinito.

He estado parada en la cubierta, mirando el mar. El mar que se alarga incesante hasta el horizonte. No hay nada, no hay más que gaviotas, y pienso: ¿cómo vuelan las gaviotas sin cansarse? ¿No sienten pánico por el hecho de que no hay ningún lugar donde descansar las alas aparte del océano, y de que ahí podrían ser devoradas por algo grande que surja de lo que para ellas seguramente parece otra dimensión? Ningún lugar donde descansar los ojos y dormir... El espacio vacío me hace pensar en un diagrama de un libro de física, una bola sobre un plano newtoniano, una única disposición de materia rodando en una cuadrícula de espacio, el objeto más solitario del mundo. Somos la bola y el mar es la cuadrícula. Solo una vez estuve en un plano incesante y vacío como ese, en un ferry P&O hacia Francia, y fue solo por un par de horas. Vamos por el tercer día y ya me siento el Viejo Marinero. A Urla le gusta leer y nos llevamos bien de inmediato. Formamos una especie de club de lectura de dos miembros, intercambiamos libros y conversamos. Comentamos *La mano izquierda de la oscuridad* de Ursula Le Guin y *Preguntas de viaje* de Elizabeth Bishop. Urla dice que le gusta Le Guin: el planeta Invierno del libro le recuerda a su hogar, pero Bishop no la entusiasma tanto, tal vez porque algunas de las complejidades del lenguaje se le escapan, o tal vez porque estudia Administración de Empresas.

Yo leí un poco de su libro *Vayamos adelante [Lean In]*, de su ídola, Sheryl Sandberg. Se trata de cómo las mujeres del mundo de los negocios pueden ayudarse entre sí para triunfar en un ambiente laboral dominado por los hombres... aprendiendo a ser más como los hombres.

Parte del viaje obviamente tenía que incluir un crecimiento personal, y decidí aprovechar la oportunidad para convertirme en un ser humano más completo. El plan, de cinco objetivos, es el siguiente:

- Leer muchos libros profundos
- Conocer algo de la historia de cada lugar antes de visitarlo
- Sumergirme en la cultura del lugar

- Aprender frases importantes en cada lengua
- Escribir. Todos los días

Los padres de Urla están separados. Su madre es islandesa, pero su padre es inglés. Vive cerca de ella, en Leeds, y Urla reparte su tiempo entre Inglaterra e Islandia desde los diez años. Yo pensaba quedarme en un hostel barato en Reykjavík, pero la madre de Urla tiene una habitación libre en la que me puedo quedar gratis hasta que encuentre la manera de llegar a Groenlandia. Así que en lugar de tener que infiltrarme en mi primera ciudad extranjera con la tosquedad de una turista, la tengo a Urla como guía, y ella tiene una camioneta con la que podemos ir a ver los mejores paisajes de Islandia, cosa que, dado mi presupuesto, habría implicado bastante logística. Urla habla como si todos tuvieran que escucharla, y tiene un modo de recostarse sobre las cosas como un gato lánguido. Creo que sería justo decir que tengo una especie de enamoramiento con Urla, una sensación de afinidad y admiración completamente libre de envidia.

LA CONSPIRACIÓN FEMENINA TERRORISTA INTERNACIONAL DEL INFIERNO

INT. HABITACIÓN — Urla reclinada en el sofá con una copia muy gastada de Moby Dick en las manos — la habitación es grande con tres sofás dispuestos en U y en el centro una mesita con libros y revistas — televisor pequeño con VHR montado en la pared — biblioteca con videos, CDs — reproductor de CDs sobre la biblioteca — biblioteca modificada con estantes inclinados para que los libros no se caigan con el vaivén — al otro lado de las grandes ventanas, el océano — pájaros marinos blancos — masa oceánica que se eleva y baja, se eleva y baja con el movimiento del barco — otro sofá ocupado por dos hombres — piernas abiertas, leyendo revistas —

ERIN: (DETRÁS DE CÁMARA) Tal vez podrías hablar un poco sobre el feminismo en Islandia.

URLA: Claro, cómo no.

— *se incorpora y se dirige a los hombres del sofá de al lado* —

URLA: ¿Quieren conversar conmigo sobre el feminismo en Islandia?

— *los hombres levantan la vista de sus revistas, se encogen de hombros* —

URLA: Ellos hablan un poco de inglés. Bueno. Muchas encuestas dicen que Islandia es el mejor país del mundo para ser mujer. Porque es el mejor país del mundo para ser persona. No tenemos ejército. Funcionamos con energías renovables. La gente en general es muy feliz, excepto los que se deprimen con la oscuridad del invierno.

— *el hombre de la izquierda lee una revista islandesa sobre camionetas 4x4 — mira a Urla por encima de la página* —

URLA: A ver, en mil novecientooooos... setenta y cinco, el noventa por ciento de las mujeres islandesas hicieron una huelga para tener el mismo salario que los hombres, y lo consiguieron. Elegimos a la primera presidenta europea en 1980. Finnbogadóttir. Era una madre soltera divorciada, como mi madre, y fue reelecta tres veces, hasta que se jubiló. Y además, nuestra primera ministra fue la primera en declararse abiertamente gay, y comenzó siendo azafata. La obispo de la iglesia estatal es mujer. Y somos el único país del mundo que hizo que los clubes de striptease fueran ilegales por razones feministas.

— *el hombre de la revista de las 4x4 emite un rezongo semidiscreto — Urla se vuelve hacia él — él baja la vista y hojea las páginas de su revista* —

ERIN: ¿Crees que tiene que ver con que la desnudez es más cruel porque en el día a día del clima frío hay que usar muchas capas de ropa? Algo así como una anonimización de la figura humana que tal vez anule algunas cuestiones de la sexualización del cuerpo... Como en *La mano izquierda de la oscuridad*, donde el frío y la androginia se asociaban a la no misoginia y a la ausencia de guerra.

— *el hombre de la revista de las 4x4 sacude la cabeza incrédulo — Urra no lo nota — baja la vista hacia su cuerpo enfundado en un saco de lana y gruesos pantalones de jogging metidos en medias de lana —*

URLA: No lo sé. Probablemente. (PAUSA). ¿Qué más? Bueno, las mujeres no tienen que cambiarse el apellido si se casan. Y cuando nace un bebé, los padres reciben la misma licencia. PERO...

— *levanta el dedo índice en ademán erudito, sosteniendo el libro contra su pecho con el otro brazo —*

URLA: ...incluso en el mejor lugar del mundo para ser mujer, sigue siendo mejor ser hombre.

— *mira al hombre de las 4x4, que hojea las páginas con aire despreocupado —*

ERIN: Ningún lugar se ha librado completamente de la desigualdad de género y la actitud de algunas personas hoy en día es: bueno, ya está. Ya tienen todo lo que quieren. Tienen las mejores condiciones del mundo, así que dejen de sermonear. Otras mujeres no la pasan tan bien. Paren un poco. Aunque son adorables cuando se enfurecen.

CORTE

CÓMO SER ADULTA EN UNA SOCIEDAD POSTFEMINISTA

Tienes catorce años y acabas de empezar a trabajar como camarera en un pequeño restaurante familiar, donde cada miembro de la familia ocupa un puesto en la cocina y también se venden drogas. Como nunca has tenido un trabajo, tomas todo lo que pasa aquí como arquetípico del mundo laboral. No eres feminista porque las feministas son lesbianas y odian a los hombres y no es tu caso. Te gustan más los chicos que las chicas, las chicas son tontas y dramáticas y malvadas, prefieres estar con chicos, andar en skate y perder el tiempo. Las únicas chicas que conoces también quieren ser chicos.

Stuart es el padre de la familia y el encargado del restaurante. Es petiso, gordo, pelado y tiene ojos saltones. Cuando te presentas, al otro lado de la mesada, te agarra la mano con sus manos sudorosas y te besa a lo largo del brazo con sus labios rechonchos y húmedos. Das un chillido y retrocedes y las otras chicas se ríen de ti. Cuando sales de la cocina, una de las chicas más grandes te dice que ya te vas a acostumbrar.

Te acostumbras, y después de un tiempo logras no retorcerte cada vez que Stuart te toca el culo adolescente, tirante dentro de esos pantalones ajustados de la marca Tammy Girl que él te hace usar porque le gusta que te retuerzas. Cuando estás parada en la caja registradora en el salón del restaurante y él se escabulle detrás de ti y te besa el cuello con un sonido húmedo, ninguno de los clientes dice nada, nunca, aunque es obvio que cada tanto lo ven.

Observas cómo un hombre de setenta años cena con su acompañante mientras te acaricia los pelitos aterciopelados del hueco de la espalda y las caderas, y te dices a ti misma: el hueco de mi espalda y mis caderas no son más que la parte cóncava de una curva en el conjunto de materia que es el cuerpo en el que resido. Cuando tu madre te pregunta cómo estuvo el trabajo, respondes: sí, todo bien, porque si le

contaras sería vergonzoso. Llamaría a la policía, o algo así. Ninguna de las otras chicas le contó a nadie, los clientes nunca dicen nada, así que ¿qué te hace tan especial como para llamar a la policía? Eres lo suficientemente madura como para ignorarlo. Es parte de lo que significa ser mujer. Cuando entra la chica nueva, Jodie, hasta te irritas un poco cada vez que dice que Stuart gusta de ella porque es más bonita que tú.

Es un trabajo fácil y no quieres perderlo porque entonces no podrías ir al cine ni hacer nada. Si renuncias tendrás que pensar en una buena excusa para darle a tu madre y no se te ocurre ninguna. Y tienes suerte de tener este trabajo porque eres realmente mala haciéndolo, te lo dicen todo el tiempo. Haces todo mal y eres muy lenta y torpe y nunca sonríes. Y las demás chicas se la pasan diciendo: él es bueno con nosotras, nos cuida, nos da comida gratis y es realmente como un padre.

Dejas que Stuart lo haga porque si no lo dejas, se excita más. Cuando estás en el guardarropa te pide que le muestres y mete sus dedos dentro de tu ropa interior, la que tiene patitos. No le cuentas a las demás chicas porque pensarán que te crees especial. Nadie más se queja, no seas llorona. Cuando cierras los ojos para dormir, puedes ver claramente la baba sobre sus labios gordos y húmedos.

SIMBIOSIS DE ALGAS Y ANIMALES

La madre de Urla se llama Thilda. Su casa está detrás de Reykjavík y desde allí se ve la parte de atrás de todos los edificios que dan al mar. Es primavera y los árboles y los parques están muy verdes y el agua y el cielo, muy azules. Los edificios se acercan tanto al mar que bajo ciertas luces, cuando no se ve el horizonte y las bahías y los lagos se llenan de cielo, es como si la ciudad estuviera situada al borde del infinito. El sol se pone pero parece reposar fuera del campo de visión, y tuve que comprar un antifaz para convencer a mi cuerpo de que era hora de

dormir. Aunque hace buen tiempo para Islandia, sigue haciendo frío, y cada vez que salgo me pongo mi campera de esquí.

Dejar el Blárfoss podría haber sido un evento emotivo, pero como para casi todos los demás era una suspensión de la experiencia más que un destino —ya que la mayoría repetirá este viaje una y otra vez con sutiles variaciones de la tripulación—, finalmente no lo fue. Tendré que aprender a no apegarme emocionalmente a los lugares transitorios, dado que un viaje es pura transición. Incluso Urla y Kristján lidiaron con su despedida con admirable estoicismo. Ella dice que su relación es el Blárfoss, que han acordado no verse fuera del barco antes de terminar la universidad y que no cree que lo suyo pueda existir de manera independiente. Me parece muy sensato.

Ella parece capaz de ver su relación con una claridad masculina y objetiva que yo admiro. De hecho, parecía totalmente indiferente a Kristján, y pasaba la mayor parte de sus días en el barco conmigo, más allá de que se encontraba con él por las noches, en su camarote compartido. Si estaban juntos y yo me acercaba, Kristján ponía cualquier excusa y se iba, lo cual se convirtió en una burla constante para Urla, que se reía y decía: “¡Chau, Kristján!”, cuando él se alejaba. Me empecé a sentir mal por ello y empecé a dejarlos solos, pero entonces Urla empezó a abandonarlo para estar conmigo.

Ella dice que ni bien termine la universidad, quiere hacer un viaje como el mío, que es un viaje valiente e importante. Me hizo sentir orgullosa, como si con su aprobación me volviera un poco como ella. Tiene una seguridad en sí misma que yo admiro, el modo en que habla y se comporta. Se nota que en la escuela era una de esas chicas de las que todas quieren ser amigas, o al menos no ser no-amigas, no estar en el foco de su desagrado, al que imagino como algo preciso y despiadado.

En la escuela yo prefería estar sola. Los fines de semana me iba en bicicleta a distintos lugares con mi mochila —un antídoto para el típico bolso femenino— llena de cosas prácticas a las que les encontraba un

uso, aunque fuera dudoso, solo para poder cortar prolijamente con mi navaja (si bien podía usar los dientes), curar las heridas más pequeñas con mi kit de primeros auxilios o usar mi brújula (a pesar de que conocía el camino), simplemente por la tranquilidad reconfortante de saber exactamente dónde estaba el norte, con su orden y su verdad, cómoda en mi autonomía competente, como Thoreau.

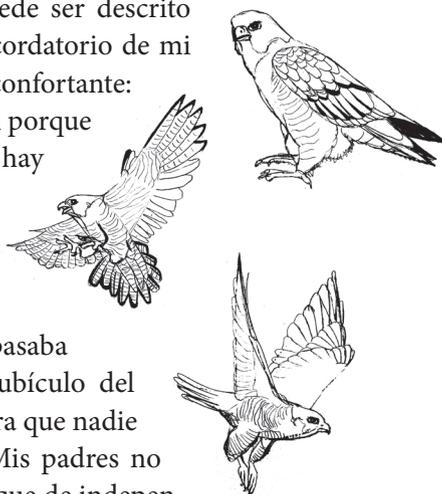
Había un lugar en especial al que me gustaba ir en bicicleta, a una hora de distancia, cruzando el río y atravesando caminos de campo desiertos hasta un árbol que usaba como escondite, desde el cual se veía la cima de una cantera abandonada de piedra caliza. Allí me sentaba con mis binoculares y observaba aves. En la ciudad, las únicas aves que se veían eran pajaritos de jardín, como los bigotudos, los pinzones, los gorriones y las lavanderas, pero en la cantera, y lejos de la ciudad, había aves de presa que cazaban otras cosas, otros pájaros, rapaces y fascinantes.

Me conseguí un libro de identificación de aves británicas y me sentaba inmóvil durante horas para atesorar su aspecto y el sonido de sus nombres como talismanes. Había varios gavilanes y cernícalos que entraban y salían de la zona en sus rutas de caza, se deslizaban en el aire tibio para planear y observaban como buceadores la superficie del agua, giraban sus cuellos como periscopios y luego se tensaban antes de zambullirse, limitando cualquier movimiento hasta el frenesí final. O el entusiasmo de los azores, que a veces zigzagueaban y bajaban en picada entre los árboles, tanto en el valle de más allá de la cantera como en la quebrada que estaba enfrente. A veces los azores se exhibían en una danza desplegando las plumas de la cola como dedos extendidos que caían desde el cielo como garras.

Pero lo que yo realmente esperaba eran los días en que lograba ver a una o dos de las escasas parejas de halcones peregrinos que anidaban en algún lugar en los árboles de alrededor de la quebrada. Siempre me llenaban de una esperanza mágica, sus cuerpitos desafiantes girando recortados contra el cielo, tan pequeños frente a la inmensidad,

tan oscuros sobre el azul, y tan libres. Gozaban con su danza aérea, desobedeciendo a la declarada extinción local.

Ser capaz de diferenciar a estas aves por su forma y sus movimientos, poder señalarlas y llamarlas por sus nombres siempre ha sido para mí una afirmación de la sólida verdad del mundo natural como un sistema que puede ser descrito a partir de la taxonomía, y un recordatorio de mi lugar dentro de él. También es reconfortante: me muestra que estas cosas existen porque puedo aprehenderlas. Que todavía hay lugares donde observar y ser parte de un orden más real, por fuera de la civilización cercenada.



No sé si Urra se da cuenta de que soy la clase de persona que pasaba los almuerzos escolares en un cubículo del baño con los pies sobre la tabla para que nadie pudiera reconocer mis zapatos. Mis padres no pueden conectar este súbito arranque de independencia y menosprecio de la domesticidad con lo que suponen que es mi naturaleza: introvertida y dócil. Los confunde mi certeza y piensan que este impulso debe surgir de algún padecimiento, que pienso demasiado las cosas, que siento demasiado, que no debería mirar las noticias si me asustan tanto que hacen que quiera abandonar lo que considero la debacle de la sociedad moderna.

Lo que no alcanzan a ver es que este aspecto limitante de mí misma es en parte lo que me impulsa a irme, que quiero aprender a vivir sin él. Probarme a mí misma y a todos los demás que puedo estar sola, al igual que cualquier Hombre de Montaña, y que no tengo que quedar relegada a la soledad y al ostracismo solo por ser mujer.

Es algo racional y deliberado, y siempre ha sido parte del plan. Siempre fui obediente, la hija ejemplar. Mamá y papá dijeron: termina

la escuela y esfuérate, y eso hice. Mantuve limpia mi nariz y siempre comí mis verduras (congeladas, claro está).

Ya empiezo a sentir que algo está cambiando. Observo a Urla y su entusiasmo y pienso: ¿este proyecto la hace pensar eso de mí? ¿Soy esa persona, aunque solo sea desde ciertos ángulos? ¿El hecho de tener una cámara y un plan me da autoridad? ¿O es en realidad el simple hecho de tener diecinueve años y ser mujer y estar viajando sola? Es posible que la incomodidad que Kris siente conmigo surja de un lugar de asombro, como el que demuestra por Urla al no responder a sus bromas. Ayer Thilda nos llevó a unas aguas termales. Ninguna se acordó de llevar el traje de baño, así que tuvimos que meternos en ropa interior. No importó porque llovía y solo vimos pasar a algunos senderistas que tampoco se acercaron tanto como para diferenciar la ropa interior de un traje de baño.

El mejor momento para ir a las termas es cuando llueve, porque a los turistas les gusta estar secos. Pero Thilda dijo: en Islandia pensamos que si nos vamos a mojar, más vale mojarnos bien, ¿o no?

Estacionamos la camioneta en una zona donde ya no se podía maniobrar, un poco alejada de los estanques, cuya iridiscencia gris apenas llegábamos a divisar. El cielo colgaba bajo como la piel de una oveja triste y húmeda, la lluvia difuminaba todos los contornos, que se fusionaban como acuarelas corridas, y el suelo cubierto de musgo, luminoso por contraste, rodeaba las rocas y el agua. Nos quitamos la ropa y los zapatos, cerramos las puertas de un golpe y fuimos corriendo hasta el agua humeante, riéndonos y gritando. La lluvia nos picaba la piel y la volvía rosada.

Nos metimos al agua caliente de cabeza, entre resbalones y sacudidas, tratando de sumergir cada centímetro para alejarlo del frío, tosiendo y riéndonos mientras el agua nos llenaba la boca. Luego nos quedamos quietas y en silencio, con solo los ojos y la coronilla fuera del agua, abriendo y cerrando los ojos para quitarnos la lluvia de

las pestañas y levantando la nariz para respirar, como las focas. Thilda empezó a contarnos una historia.

“Quizás se la llame La gran saga de Eric el Rojo, pero en realidad trata sobre una *skörungur*, lo que llamamos una gran heroína. Se llamaba Gudrid, la que viajó lejos, era su mujer y vivió en el siglo X”.

Islandia está embebida de sagas y misticismo porque el paisaje parece animado, como si contara su propia historia. Los glaciares caminan, el piso se mueve y el magma se filtra, y los geysers erupcionan como espiráculos en la espalda jorobada de un gigante. Son como partes vivientes que representan su propia narrativa. Las leyendas islandesas están moldeadas por las fuerzas naturales porque estas son omnipresentes. Y el paisaje es volátil y feroz. Como dice Thilda, las mujeres islandesas son fuertes porque descienden de los vikingos y los conquistadores, y fueron criadas por los vientos helados del mar que les agujonean las mejillas, y por los vapores calientes de los geysers, que se las escaldan. Y en una tierra donde el fuego y el hielo están en guerra y no se preocupan por nada más a su alrededor, la gente tiene que ser fuerte.

En el paisaje, los elementos se unen como si no hubiera límite para su omnipresencia, ningún contorno definido. Se siente cómo cala hondo, mezclándose con las algas en el agua y el barro entre tus dedos, como alimento. Se siente la vibración del agua que hace que todo en tu cuerpo responda en sintonía; cada pelo, un tentáculo. Medio sumergida en el agua termal; afuera y adentro; mitad quieta y caliente, mitad fría y tiritando; las orejas bajo el agua, los ojos afuera; la impronta de la lluvia sobre la superficie, el aliento de la terma.

La historia de Thilda me produce un sentimiento de identificación, un sentido de inevitabilidad y completitud, de adecuación. Como hallar un objeto que nunca notaste que faltaba hasta que lo encuentras y te das cuenta de que su ausencia te había perseguido todo este tiempo. Lo reconozco porque conozco su antítesis: mi propio hogar y

ambiente. Verán, en el lugar del que yo vengo no existe esta sensación de infinito. El *afuera* que yo conozco está roto y desparramado.

Mi calle está en una urbanización suburbana cerca de una vieja central eléctrica que funcionó hasta los años ochenta. Todas las casas tienen el mismo aspecto, con céspedes rectangulares cuidadosamente recortados y vigas falsas de estilo Tudor, sin malezas (hay venenos en aerosol para eso), y las calles llevan nombres de barcos famosos. El nuestro era un típico pueblo industrial de las Midlands porque estaba bien conectado con el canal y los ríos. Había una central eléctrica, una fábrica de vinagre, una fábrica de azúcar de remolacha y varias fábricas de alfombras. En una de ellas trabajó mi madre como secretaria cuando me tenía en la panza. La central eléctrica era arcaica y funcionaba a carbón, y cuando las fábricas se mudaron a China, tiraron todo abajo y construyeron los suburbios y un gran supermercado Tesco. Mi madre y mi padre consiguieron trabajo a treinta minutos en auto, más cerca de la ciudad, y nadie podía cultivar nada comestible en su jardín porque la central eléctrica había dejado radón en la capa superior del suelo.



El *afuera* que conozco es pastoril, una grilla de espacios con dueño y reglamentación, controlados para la producción. Hay quienes piensan que el campo inglés es bonito, pero allí reside su tragedia. Es el resultado de la manera en que se construyó nuestro pequeño país, cuando un puñado de ricos se dividieron lo que alguna vez fue una tierra

compartida para que fuera más fácil arar y producir más cultivos. Nuestra naturaleza común se convirtió en mercancía. Es una isla tan pequeña que es difícil no ver las marcas: una manta monótona de

rectángulos dividida por setos. Especialmente en las Midlands, donde no hay muchas montañas ni ciénagas ni otras partes de tierra que se obstinen en ser no rentables, y donde los restos de una industria fallida crean un paisaje de desguace en el que los muñones se cubren con suburbios artificiales.

La cantera de los peregrinos era el único lugar que conocía que parecía ser un lugar natural, de riqueza y posibilidad. Esta falta de una complejidad como la que tiene el lugar de donde provienen Urla y su madre es un tipo de pobreza invisible.

Gudrid vivió en los días de los botes a remo y los mares embravecidos. Viajó a lo que hoy llamamos Terranova, que es mi primer puerto de escala en Canadá. Eso fue antes de la época del afortunado explorador perdido Cristóbal Colón, y Thilda señala orgullosa que aunque a los españoles les gusta pensar que las sagas son una fantasía, los islandeses saben realmente quién descubrió el Nuevo Mundo. Gudrid fue la primera madre europea en el hemisferio occidental.

Tuvo un hijo al que llamaron Snorri. Pero su clan era pequeño y sin las armas que tenían los españoles, fueron expulsados por los nativos. O, como los llama Thilda, los salvajes.

Termina su historia diciendo: “Gudrid viajó más lejos que cualquiera de sus maridos, que murieron, uno tras otro, y demostró, muy al comienzo de nuestra historia, que no hace falta tener un pene entre las piernas para ser un gran aventurero”. Observo las colinas voluminosas y pienso que Gudrid personifica al viento y a los geysers, los inmemoriales volcanes que asoman, el terreno cambiante. Y cuánto de Thilda hay en Urla, y cuánto de Gudrid en ambas. Y que este adentrarse se siente como algo femenino. Se siente como una preñez.

Es una suavidad dura. De un paisaje que es fértil y hostil. Cobra sentido para mí y para mi viaje y tengo que ocultar un gemido bajo el agua, entre las burbujas, porque por primera vez siento que sé exactamente dónde estoy en ese preciso momento.

JOVEN, VE HACIA EL OESTE

Mis planes para Groenlandia han tenido un desarrollo repentino y fantástico. Urla y Thilda habían estado tramando todo este tiempo una estrategia para meterme en un barco con el tío de Urla, Larus, que es científico y estudia las ballenas. Larus tiene su propio barco de investigar y su plan es ir hasta el estrecho de Dinamarca, el canal que conecta Islandia y Groenlandia, para seguir a un grupo de ballenas piloto de aleta larga. No me lo habían dicho por si acaso no funcionaba, pero funcionó, así que partiremos a Groenlandia en cuatro días.

Va en contra del protocolo porque se supone que en el barco solo puede haber dos personas, pero Urla amenazó con meterse de polizón si su tío me llevaba y nos íbamos sin ella. Me acompañará todo lo que pueda antes de tener que regresar para su trabajo de verano, así que usaremos la cabina doble y Larus dormirá en el piso de la sala de máquinas. Luego Urla viajará conmigo por Groenlandia hasta que yo encuentre una manera de seguir los pasos de Gudrid hasta Canadá. Es perfecto, porque allí podrá hacerme de traductora, y dijo que escribirá los subtítulos cuando yo edite el material para el documental. Como su tío Larus tiene que hacer su investigación, será un viaje lento, de cinco días, pero podremos observar a las ballenas y aprender sobre el patrón de comportamiento de la ballena piloto de aleta larga.

Me sorprendió la facilidad con que Thilda dejó que Urla se fuera a un país extranjero con una desconocida poco después de reunirse tras un período tan largo separadas. Supongo que estaremos con su tío y con los amigos de la familia en Nuuk cuando encontremos la manera de llegar a la costa oeste, así que las perspectivas para ella parecen seguras. Quizás también está acostumbrada a que Urla se vaya, ya que está en el universidad y pasó la mitad de la infancia en lo de su padre, luego de la separación. Pero el contraste con la reacción de mis propios padres es enorme.

¿Por qué no puedes ser como otras chicas de tu edad, conseguirte un trabajo en la ciudad y prosperar, o al menos marcharte para ir a la universidad, hacer algo de tu vida?

¿Qué te hicimos para que tuvieras tantas ganas de dejarnos?

No dormiremos hasta que vuelvas.

No volveremos a dormir nunca más.

No logré hacerles entender que mi partida es inevitable y mantiene en movimiento la historia del mundo. Los jóvenes siempre se van. Al menos el joven macho de la especie siempre se va. Si yo hubiese sido un chico, mi partida habría sido un destierro, un ritual de iniciación. Las mujeres que se van siempre abandonan. Imaginemos el summum de esto, la madre que deja a sus hijos con su marido. ¡Antinatural! ¡Monstruosa! ¿Y cuando lo hace el hombre? Apuesto a que vive lo más campante, con una mujer más joven y pagando la manutención mínima.

Urla no necesita escaparse de Thilda porque Thilda la deja ir. Las dos detentan la misma calma, los mismos manierismos, de un modo que hace que parezcan hermanas, antes que madre e hija. Yo prefiero ser categórica en cuanto a mi ser, dónde termina y cuáles son sus características. Tengo la nariz de mi padre, los ojos verdes y el pelo castaño de mi madre. Tengo la terquedad de él y el impulso de sobreempatizar de ella, y lloro con facilidad. Pero también me esfuerzo mucho por no ser como ellos.

Peregrino; pinzón; torcaza.

Campo; seto; río.

Madre; padre; yo.

LA GUERRA QUÍMICA CONTRA LA LAGARTA PELUDA

Larus me ha dado *Primavera silenciosa* de Rachel Carson porque “es uno de los libros más importantes que leerás en tu vida”. *Primavera*

silenciosa se publicó en 1962 y cuenta cómo las diferentes sustancias químicas que se inventaron para matar gente en las guerras mundiales se empezaron a usar para matar plagas en los cultivos de alimentos y tuvieron repercusiones inesperadas, como la muerte de pájaros y niños. Esto fue en los sesenta, todos estaban doblemente enojados con el gobierno por poner a la gente en la mira de las armas nucleares, que podían detonar en cualquier momento, y por decirles que estarían a salvo debajo de sus escritorios. El uso masivo de DDT se eliminó gracias al libro de Rachel Carson y Estados Unidos empezó a tener una conciencia ambiental general. Aquí se podría analizar cómo la gente acepta la “ambivalencia” del opresor: las mujeres pueden tener derechos, los negros pueden tener derechos, los gays pueden tener derechos, los animales pueden tener derechos, incluso el pasto y los árboles pueden tener derechos, y si la gente sale a la calle con pancartas puede lograr cualquier cosa.

Larus hace un uso excesivo de sustantivos colectivos y dice cosas como “la juventud de hoy en día” y “la masa ignorante”. Es exactamente el tipo de hombre que uno se imagina cuando se imagina a alguien que está preocupado por las abejas. Habla como si reprodujera un monólogo interno en constante repetición, proyectándolo al mundo como si su boca fuera un altoparlante. Con solo mirarlo puedo darme cuenta de que seguramente llora cuando le mencionan la extracción de petróleo en el Ártico.

Hay ciertos estereotipos que encajan con la preocupación por el planeta, y es curioso, pero en general son de algún modo femeninos. Para ser un ambientalista socialmente aceptable hay que ser una mujer, un niño o un excéntrico (lo cual implica en sí mismo ser un poco afeitado, si es que eres hombre). He llegado a la conclusión de que esto se debe a que los temas ambientales se perciben como melodramáticos, y el melodrama pertenece a lo femenino porque las mujeres son, por supuesto, histéricas por defecto, “están en contacto con la naturaleza” y lloran fácilmente al ver imágenes de gaviotas atrapadas en latas de

Coca-Cola con un fondo de música triste de piano. Melodramático porque hay temas más urgentes, como el terrorismo y el fascismo y la inminente crisis del empleo por culpa de la fuerza de trabajo robótica, sin mencionar a las abejas. A las mujeres les gustan los animales porque son bonitos y hacen surgir su instinto maternal.

Es un círculo vicioso, no hay manera de hablar de estos temas sin evocar un discurso entero que hoy está teñido de esta idea del melodrama. Preocuparse por el medio ambiente está pasado de moda, a Greenpeace lo manejan alarmistas y raritos que creen en teorías conspirativas y las abejas se han ido a algún lado, pero es un misterio aburrido.

¿Podrías donar una libra por mes? ¡SOLO UNA LIBRA POR MES! Una libra podría alimentar a gatos como Maurice durante un año entero y darle albergue en noches de lluvia y días ventosos y comprar el amor que él tanto desea. Maurice amaba a sus dueños (pie para la música triste de piano, foto de Maurice mojado en una caja al costado de la ruta), pero un día lo subieron al coche y lo dejaron al costado de la ruta porque tenía pulgas y olía mal. Tenemos que proteger a los animales como Maurice, las criaturitas peludas que dios nos dio para cuidar.

Pero las abejas polinizan casi todo lo que comemos. Así que, de veras, Larus, ¿a dónde se han ido?

USO EL SONAR PARA EXPRESARME

Encontramos el grupo de ballenas piloto de aleta larga. Hay más de cien y es algo increíble de ver, sus cuerpos se elevan suaves y bulbosos en el agua gris como plástico de burbujas, expulsando aire de sus espiráculos, salpicando agua como saliva en un globo inflado que se suelta. Luego de seguirlas durante dos días, me tranquiliza saber que no van a levantarse en una gran masa y volcar nuestro pequeño bote. También me tranquiliza ver que se juntan con los delfines. El delfín es

un animal en el que puedo confiar. En nuestra manada hay un grupo de delfines atlánticos de flancos blancos; Larus dice que arrean a los peces junto con las ballenas. Los delfines sienten curiosidad por nosotros y se acercan hasta el borde del barco para jugar con la espuma que sale de nuestra hélice. Sus caras y los sonidos que hacen son el epítome de la felicidad, pura alegría desenfrenada por esta cosa extraña que remueve su agua y la vuelve espumosa. Tan simple y pura como la alegría de los niños.

Me gané la tolerancia del gruñón de Larus. Despotricaba contra la “gente como yo” que arruinó Bali creyéndose espiritual y llenando el lugar con sus colchonetas de yoga. Considera esto como una falla en la psique de la juventud de hoy en día. Le pregunté cuántos hijos tenía y me dijo que cinco, de tres madres diferentes, porque así eran las cosas en los sesenta. Le pregunté si las masas que copan Bali no son la consecuencia inevitable de la superpoblación y le dije que en los sesenta existían los mismos turistas molestos con colchonetas de yoga, solo que en esa época había menos gente, y por lo tanto menos cantidad de colchonetas de yoga, y tal vez la culpa sea de su generación por reproducirse tanto. Gruñó un par de cosas pero desde ese momento es más amistoso conmigo.

Además de su investigación para la Asociación Oceánica, Larus está haciendo su propio estudio. La manada le interesa particularmente por los delfines. Usa el equipo del barco para registrar y diagramar su sonar y para medir patrones que espera que le permitan descifrar su lenguaje. Los gráficos en la cabina ya demuestran que los delfines hablan. Larus ha diagramado la aparición cuantificada de cada vocalización particular en orden ascendente sobre un eje horizontal, y la cantidad de apariciones en un eje vertical. El diagrama de un gráfico donde se comunica la información siempre resulta en un ángulo de 45 grados porque todos los lenguajes tienen unidades que oscilan en un espectro que va de frecuente a infrecuente. Si no están en un ángulo de 45 grados, significa que los ruidos son azarosos y no comunicativos.



Sucede lo mismo con cualquier lenguaje: islandés, inglés, delfín. Larus dice que puede aplicar este método a cualquier porción de datos de sonido. Su otro interés es el ruido que captan las antenas parabólicas que apuntan al espacio. Un amigo suyo en Estados Unidos construyó una antena propia detrás de su casa en el

desierto, y él y Larus analizan los datos por su cuenta porque la única antena financiada por el Estado que se usaba específicamente para escuchar extraterrestres, el radiotelescopio Big Ear en Ohio, se dio de baja en 1998 para hacer espacio a un campo de golf. Funcionó durante veintidós años y de hecho captó la señal que estaban buscando. Parecía venir del noroeste del cúmulo globular M55 de la constelación de Sagitario. Duró setenta y dos segundos y la llamaron la señal Wow! porque eso es lo que escribió el astrónomo Jerry R. Ehman en el impreso de la computadora.

Pero esa señal captada ocurrió una sola vez, de modo que, después de buscarla mucho, eventualmente asumieron que se trataba de una casualidad, pues la lógica indica que cualquier civilización inteligente seguiría mandando la señal una y otra vez para que tuviera más chances de ser escuchada. Una señal de radio de tres minutos de duración fue enviada desde la Tierra a un cúmulo de estrellas en los límites de la Vía Láctea en 1974 y luego nunca más. Para el momento en que una civilización hipotética la reciba y envíe una respuesta, será el año 52.000 d. C. El intervalo de atención sostenida de un ser humano promedio está entre los cinco y los veinte minutos. Los tipos que mandaron la señal se llamaban a sí mismos la Orden del Delfín. Se llamaban así porque uno de sus miembros, el biólogo marino John C. Lilly, solía tomar alucinógenos y meterse en tanques con delfines para estudiar la comunicación interespecies. John Lilly descubrió que los delfines pueden procesar la sintaxis lingüística. Les enseñó a

distinguir órdenes diferentes como acercar la pelota a la muñeca, y *acercar la muñeca a la pelota*.

Hablaba de ellos como si fueran personas. Larus nos hizo escuchar una grabación de una poeta oral que me gustó. La poeta imaginaba lo que una ballena le diría a John Lilly si pudiera hablarle telepáticamente: al final lo que le preguntaba mientras nadaba en círculos en su prisión azulejada era si todos los océanos tenían paredes.

Por la dificultad de transmitir un mensaje a través del espacio y el tiempo profundos, Larus piensa que también tenemos que considerar la posibilidad de que los extraterrestres hayan venido a la Tierra hace miles de millones de años y hayan codificado un mensaje en nuestro ADN, en los genes que no tienen demasiada función salvo estar ahí. Dice que algunos de los decodificadores buscan patrones matemáticos porque las civilizaciones inteligentes deben entender pi y los números primos y otras verdades universales que trascienden el lenguaje. Lo que dijo Pitágoras: *todo el cosmos es armonía y número*.

Algunos de los miembros de la Orden del Delfín, como el célebre cosmólogo de polera, Carl Sagan, también trabajaron en el Disco de Oro que se envió al espacio en el Voyager 1, que en este momento podría estar fuera del sistema solar y de camino a algún otro. El Disco de Oro era una especie de cápsula del tiempo. En él enviaron fotografías de un amplio espectro de culturas y criaturas, sonidos de la Tierra como gritos y risas, y saludos en muchas lenguas diferentes. El presidente Jimmy Carter dejó un mensaje escrito para los extraterrestres dentro de la cápsula del tiempo:

Este es un regalo de un mundo pequeño y distante, una muestra de nuestros sonidos, nuestra ciencia, nuestras imágenes, nuestra música, pensamientos y sentimientos.
ESTAMOS TRATANDO DE SOBREVIVIR A NUESTRO
TIEMPO PARA PODER VIVIR EN EL SUYO.
— Presidente Carter

La cápsula del tiempo es el bebé del presidente Carter. Con ella ha colonizado conceptualmente el futuro.

EL TECHO EN EL CIELO

Me ofrecí para ayudar a Larus mientras Urla pescaba para la cena porque me gusta sentarme y escucharlo hablar del espacio. Lo estoy ayudando a agrupar todos los fragmentos de las grabaciones de delfines en categorías de sonidos similares. Él las reproduce en la computadora y decidimos en cuál de las siete carpetas colocarlas.

De chica, hasta los trece años, quise ser astronauta. Cuando me senté con mis padres el día de orientación vocacional y les dije a mis tutores que quería ser astronauta, todos se rieron de lo simpático de la idea y me inscribieron en una pasantía en un centro de parapente pensando que lo que me gustaba era la idea de volar.

Larus estaba en el Cabo Kennedy cuando despegó la misión del Apollo 11. Estaba ahí para protestar, parado en fila, de espaldas al sitio del lanzamiento, con un cartel que decía “Mientras tanto, en Harlem”, pero ni bien escuchó el rugido de los motores de propulsión, se dio vuelta y no pudo apartar la vista. En algún lado hay una foto del grupo en la que aparece él dado vuelta, con la boca abierta. No se molestó en recortarla de los periódicos porque había arruinado la integridad del mensaje de todo el grupo. Me lo contó en confidencia, y me hizo prometer que no se lo contaría a Urla porque ella nunca lo dejaría en paz.

De chica nunca dudé de que sería astronauta, porque mamá siempre me dijo que el mundo estaba a mis pies, y hasta ese día de orientación vocacional yo no tenía motivos para dudar de ella. No me importaba que todos los astronautas en los dibujos animados fueran hombres. Creo que siempre me puse en el lugar de los hombres, aunque nunca de manera realmente consciente. Cuando miraba películas o leía libros con un héroe masculino, yo me imaginaba a mí misma como ese